

Nueva
Antropología **27**

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

**LA IZQUIERDA EN MEXICO:
controversias en torno a la unidad.**

MIGUEL ANGEL VELASCO, La unidad de la izquierda, una visión histórica * JAVIER ROMERO, La unidad de la izquierda, entre deseo y realidad * EDUARDO IBARRA, Pormenores de un proyecto unitario para 1982 * ROGER BARTRA, La unidad ¿para qué? * HUMBERTO MONTEON, Mella murió por la Revolución * OLGA CABRERA, Un crimen político que cobra actualidad * JUAN LUIS SARRIEGO, Comportamiento político y acción sindical * CAMILO VALENZUELA, Problemática y perspectiva de la unidad de la izquierda mexicana * Documentos.

Mella murió por la revolución

Humberto Monteón González

*“Un esbirro alevoso tu vida
noble, activa y fiel segó en flor
Julio Mella tu sangre vertida
nos exalta con nuevo vigor.
Cual encina en la recia montaña
tal se yergue un principio de acción
no podrá descuararlo la hazaña
de un esbirro asesino y felón.*

*Vil esclavo del dólar no es cierto
que una bala asesina una idea
Julio Mella no ha muerto, no ha
muerto*

*nuestras manos aún alzan tu tea.
Esa antorcha que incendia y
convierte
lanzará dondequiera su luz
lus de apóstol que encuentra la
muerte*

*luz de Lenin que enciende la URSS.
Los Machado asesinos con cruces*

*en el pecho sudando maldad
no podrán extinguir estas luces
redención, igualdad, libertad.
Comunistas del mundo ¡Adelante!
que el martillo del pueblo es crisol
comunistas del mundo ¡Adelante!
bajo el oro radiante del sol.”*

*Cancionero Revolucionario,
Recopilador Vicente García,
México, 1936, p. 10.*

Julio Antonio Mella murió por la revolución que conducida años más tarde por Fidel Castro y la generación del *Granma* cumple hoy 25 años de mantener izada, a 90 millas del imperialismo, la primera bandera victoriosa del socialismo en América.

El carácter del tema de esta noche

es obligado: honrados por la invitación del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales "José Martí", nos proponemos responder a ciertos enemigos de Cuba socialista que no se detienen ante nada para denigrarla.

Con apoyo en mis notas y documentos localizados en el Archivo General de la Nación, me propongo desmascarar una historia tenebrosa —criminal por la impunidad con que se la difunde—, ya trillada pero que hoy circula con nuevos bríos: la muerte de Julio Antonio Mella. Nunca antes le habíamos dedicado un espacio a este asunto; de Mella nos ha interesado siempre el cómo luchó y amó, nos ha interesado su papel internacionalista y antimperialista; de él nos ha atraído su obra pionera del marxismo-leninismo en América Latina, Mella nos ha impresionado por lo mucho que hizo en tan poco tiempo de vida, nos ha interesado su obra organizativa, su vida, su ejemplo y no las circunstancias que rodearon su muerte, mismas que, por lo demás, fueron perfectamente aclaradas en su momento.

Fue nada menos que Goebbels, autoridad consagrada en el cinismo y la calumnia, quien elevó a la categoría de axioma de la propaganda del fascismo aquello de que una mentira repetida mil veces se convierte en verdad absoluta. Calumnia, que algo queda, aconseja el viejo refrán, pues no olvida que si el río suena es que agua lleva.

Son rancias verdades, sabiduría

reaccionaria, arma contrarrevolucionaria.

Personalmente he podido comprobar que la intriga que atribuye la muerte de Mella a la Internacional Comunista prende sobre todo en elementos universitarios, y si están picados de antisovietismo, el *handicap* que lleva infundio es del 99%. El sofisma es muy simple; la revista *Vuelta*, por ejemplo, con la impudicia intelectual propia de quien se remueve en el fango del anticomunismo lo formula así:

"Según Julián Gorkin [. . .] Contreras [Vitorio Vidali] fue el autor intelectual [a las órdenes de Stalin, por supuesto] del asesinato de Mella y no la reacción, el imperialismo o el dictador Machado [. . .]"¹

Vuelta alega en favor de Gorkin que no importa la ausencia de pruebas, ya que

"[. . .] año tras año todos los testimonios críticos sobre la realidad soviética y la tiranía stalinista han sido corroboradas completamente".²

Polemizando alguna vez con elementos universitarios sobre el apasio-

¹ *Vuelta*, núm. 82, septiembre de 1983, p. 46.

² *Ibidem*.

nante tema de la vida y obra de Mella, la discusión fue deslizando hasta arribar a las circunstancias en que ocurrió su muerte. Mi sorpresa fue mayúscula. Para mis interlocutores, las llamadas “revelaciones” de Julián Gorkin (más adelante nos detendremos en este personaje) resultaban ser tan creíbles como las provenientes de lo que calificaron de “fuentes stalinistas”.

Reconozco que mis argumentos y citas a los múltiples documentos de la época, a los testimonios orales de compañeros mexicanos de Mella, mis referencias a autoridades en este tema, para mí definitivas e incuestionables como sería el propio Fidel Castro, Carlos Rafael Rodríguez, Blas Roca, Fabio Grobat, Erasmo Dumpierre, Zarash Pascual, sin olvidar por supuesto al gran Lázaro Peña, fueron insuficientes para poder derrumbar un prejuicio que ha arraigado en nuestras universidades en contra de la “historia oficial” del socialismo real.

De nada valió el dato por todos conocido: ¡El propio JULIO ANTONIO DENUNCIO ANTES DE MORIR AL DICTADOR MACHADO!

Confieso que salí, más que molesto, preocupado de esa discusión. El sofisma era claro; pero sin embargo, allí estaba, sosteniendo una posición irreductible, calumniosa y falsa de toda falsedad.

Por otro lado, en rigor, las pruebas a las que yo acudí, que para mí eran y son más que suficientes, sí tenían la desventaja de que al no estar acompa-

ñadas de otro tipo de documentación, que se definió entonces como “no comprometida”, hacía vulnerable mi posición ante la mayoría de un auditorio que como Santo Tomás exigía “ver para creer” y que honestamente —es lo grave— pensaban que el llamado “testimonio Gorkin” por lo menos tenía derecho a coexistir como hipótesis al lado de las “hipótesis oficiales”.

Pasó el tiempo y un buen día encontré en el Archivo General de la Nación un legajo conteniendo documentos sobre el “Caso Mella”.³ Para continuar y finiquitar mi polémica con “los atrapados por Gorkin” —como bauticé a estos amigos—, eran más que suficientes. Solicité la continuación del debate, comparecí y mis pruebas fueron aceptadas y consideradas hasta por los más reacios como contundentes, definitivas y, por lo demás, coincidentes con la calificada —sin comillas— historia oficial. El tema quedó archivado.

Los profesionales de la mentira —los de ayer y los de hoy— han tenido problemas serios con la figura de Julio Antonio Mella. La dificultad estriba en que la batalla que libró el héroe cubano fue siempre franca y directa, a campo abierto. Su conducta personal

³ Los documentos que serán citados en esta exposición se encuentran en: Archivo General de la Nación, Ramo Emilio Portes Gil, 1/630.

fue nítida e intachable, sus múltiples escritos están redactados de tal forma, con tal fuerza y con tal precisión en su definición ideológica que no deja abierta ni siquiera una mínima rendija para que se filtre la especulación. Por todos lados se han hecho intentos, pero Mella, sin estar, les ha dado respuesta y les ha vencido.

La primera gran calumnia contra Mella asesinado fue la versión de "crimen pasional". No voy a detenerme mucho en este tema, remito a la lectura del excelente trabajo de Elena Poniatowska "La muerte de Mella"; quiero, sí, agregar una prueba más que pone en evidencia el papel que se prestaron a desempeñar ciertos personeros de la justicia mexicana.

El 12 de enero, es decir, dos días después del crimen, J. Aguilar y Maya, procurador general de Justicia del Distrito Federal y Territorios envió el siguiente telegrama al presidente, licenciado Emilio Portes Gil:

"Esta Procuraduría positivamente deseosa de cumplir sus obligaciones legales ha intervenido en acontecimientos en que perdió la vida Julio Antonio Mella, sin otra propensión que la del completo esclarecimiento de los hechos que entrañaren delito y el castigo de sus autores. La investigación se ha llevado a cabo con toda acuciosidad, pero al mismo tiempo con la más absoluta ecuanimidad. La Policía Judicial se ha consagrado con todo

empeño a descubrir los reales móviles del delito, apareciendo de los datos obtenidos hasta la fecha más una tendencia pasional que una causa política [. . .]"

Esta fue la versión que manejó la prensa: ríos de tinta llevaron la falacia con el amarillismo habitual.

A la Presidencia de la República llegó entonces una verdadera lluvia de protestas en forma de cartas y telegramas demandando justicia. Citaré tan solo uno de esos documentos: la protesta que envió el Comité de Acción Antimperialista al presidente Portes Gil, bajo la rúbrica de su secretario el señor J. Suro:

"Este Comité, en sesión celebrada el día de hoy [11 de enero] acordó dirigirse a usted pidiendo el inmediato castigo de los asesinos de nuestro líder el compañero Julio Antonio Mella, llevado a cabo por los esbirros a sueldo de los lacayos del imperialismo yanqui, y pedir a usted al mismo tiempo la ruptura de relaciones con el gobierno del tirano Machado, que ha faltado el respeto al pueblo revolucionario de México cuyo gobierno usted preside."

Poco tiempo después, los miembros del Comité de Acción Antimperialista recibían la respuesta del Presidente por medio de su secretario particular:

"[. . .] Las autoridades judiciales se han abocado ya al conocimiento de dicho crimen y ellas serán las que, previas las investigaciones del caso, impondrán al culpable o culpables el castigo a que se han hecho acreedores".

Por la referencia que hicimos del telegrama del procurador J. Aguilar y Maya vemos que esta respuesta a los indignados ant imperialistas pretendía en realidad encubrir una decisión política ya en marcha y que consistía en apoyar en todo y contra todo a la representación cubana en México y, también, a "río revuelto", aprovechar el caso para desatar una serie de golpes bajos, contra las fuerzas democráticas, el más grave, sin duda, la ilegalización del partido comunista y la expulsión del país de una serie de elementos democráticos radicados en él, entre quienes se encontraba la propia compañera de Mella, Tina Moddoti.

La versión de "crimen pasional" era necesaria para el plan de Machado y el imperialismo. Pensaban que enlodando el nombre del dirigente más prestigiado romperían el avance de la lucha reivindicativa y antidictatorial de las masas trabajadoras cubanas. El crimen fue un eslabón más en la larga cadena del tirano y pretendía amedrentar a los patriotas; pero como dijera Lázaro Peña:

"Sus asesinos, Machado y sus esbirros y los instigadores de éstos, los imperialistas yanquis, no pudieron, como querían, con el crimen matar los ideales ni desprestigiar las ideas, ni hacer olvidar el ejemplo de Julio Antonio Mella."⁴

Con el tiempo esta versión se fue diluyendo, era inservible para efectos de la lucha ideológica contra el socialismo en permanente ascenso en nuestro continente.

Probablemente haya sido Víctor Alba el primero en soltar en su *Historia del comunismo en América Latina* la duda corrosiva de que Mella había sido

"[. . .] asesinado en circunstancias sospechosas en México en enero de 1929, cuando acabada de ser expulsado del Partido Comunista".⁵

Después de Alba vendrían casi al parejo, Roberto Alexander y Ricardo Treviño, entre otros, a bordar más sobre esta intriga. Por ese camino se fueron los profesinales del anticomunismo

⁴ Lázaro Peña, "El nacer y el morir se juntan en estos aniversarios de enero", discurso, La Habana, CTC, 1965, p. 12.

⁵ Víctor Alba, *Historia del comunismo en América Latina*, México, 1954, pp. 82 y 92.

hasta llegar a los niveles de imaginación de un Julián Gorkin, que mencionábamos al principio, y que en 1961 en su *Cómo asesinó Stalin a Trotski* tejó una de las historias más infames que se hayan escrito para difamar la memoria de un revolucionario. En esto, es preciso no olvidar que 1961 fue el año en que la Revolución cubana definió su carácter socialista y también el año de la primera derrota del imperialismo en América Latina.

Veamos qué es lo que, entre otros infundios, compuso este personaje:

“En 1929 cayó asesinado en las calles de México el líder estudiantil Julio Antonio Mella. El Komintern explotó este asesinato en el mundo entero [. . .] Se atribuyó este crimen al dictador cubano Machado, responsable de numerosas tropelías [nótese la delicadeza y trato indulgente hacia el “asno con garras”]. Sin embargo, una investigación policiaca imparcial, que hubo interés en ocultar, hizo recaer las sospechas en Contreras; toda una serie de revelaciones ulteriores han llevado a la conclusión de que el verdadero asesino de Mella fue el siniestro agente de la GPU. Se sabe hoy que el líder estudiantil cubano había manifestado veleidades opositoras al curso stalinista, Contreras lo amenazó en una reunión del Buró Político Mejicano: los opositoras como tú sólo merecen la muerte.

Y Mella caía muerto en una esquina poco después.”⁶

Más adelante, este típico agente provocador —para llamarle por su nombre u oficio— inventa la historia que convierte a Tina Moddoti, de víctima que fue, en artífice central del crimen.

Todo esto es repugnante y duele traerlo aquí, pero es necesario recordar cómo fue la intriga para poder deshilacharla.

El propio Gorkin no se imaginaba que su patraña fuera a tener tanto éxito (véase el número citado de *Vuelta* y se comprobará que es el único “testimonio” en el que se apoyaron Octavio Paz y compañía para combatir el ejemplo que se desprende de la vida y obra de Julio Antonio Mella).

Pero regresemos a Gorkin. Lo primero que salta a la vista es que asevera, pero no comprueba; ni siquiera —ya puesto en el camino de la intriga— se toma la molestia de falsificar algo y presentarlo como auténtico. Y este bodrio, recalentado 22 años después por un señor Cheron y sazonado por Octavio Paz —más un agregado del mal llamados “testimonios” que no son otra cosa que infundios que además no guardan relación alguna con la muerte de Mella—, pues bien, todo esto, en un alarde de falta de imaginación y de principios fue presentado

⁶ *Vuelta*, cit., p. 46.

y comentado por el señor Zabludovski como "revelaciones sensacionales".

Gorkin toma como premisa fundamental para su intriga la supuesta ruptura de Jullio Antonio Mella con la Internacional Comunista (IC), y de aquí, según la lógica de la intriga, el ser asesinado por Stalin, pues el paso era poco menos que obligado.

En mi opinión, a Julio Antonio Mella no puede concebirse disociado de la IC, menos aún militando en el trotskismo. No hay nada —hoy por hoy no conozco un solo documento— que demuestre la ruptura de Mella con su organización, de la cual, por cierto, era uno de los principales dirigentes para América Latina.

El análisis de su obra, los múltiples testimonios de sus correligionarios latinoamericanos, particularmente cubanos y mexicanos, nos muestra a un Mella invariablemente firme en sus posiciones internacionalistas vanguardizadas por la Internacional Comunista.

El 5 de enero (5 días antes de su muerte) Julio Antonio rubricó en *El Machete* una nota titulada "Contra el peligro de los derechistas", en la cual condena de manera categórica el surgimiento en el partido comunista de Alemania de una corriente encabezada por Braudler, Thalheimer y Radek que dice: "Los partidos comunistas no pueden ser un mosaico de colores y tendencias. La Internacional ha declarado la importancia de una acción enérgica contra los derechistas [. . .] La resolución de expulsar a los dere-

chistas si no se somete, es de las más justas y necesarias."⁷

En el segundo piso de su intriga, Gorkin construye la versión del asesinato de Mella a manos de "agentes de la GPU" —supuestamente— dirigidos por Contreras— y para dar consistencia al guiso asevera que por esos años se realizó una "investigación policiaca imparcial" que hizo recaer las sospechas en Contreras; pero, afirma, que la investigación se ocultó.

Tenemos que reconocer que en dos cosas sí tiene razón Gorkin: primera, sí hubo tal "investigación policiaca imparcial" y, segunda, en efecto, se ocultó; pero la razón le acompaña hasta aquí nada más.

Veamos de manera sucinta el qué y cómo de esta historia.

La noticia sobre el crimen de Mella recorrió al instante el mundo entero. La indignación popular, como ya lo hemos apuntado, preocupó en extremo a las autoridades policiacas del país que reprimía violentamente las manifestaciones de protesta que demandaban la ruptura con Machado. El asunto evolucionaba peligrosamente y parecía transformarse en conflicto internacional.

⁷ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba, *Mella, documentos y artículos*, La Habana, 1975, p. 506.

Recordemos que Portes Gil no tenía mucho tiempo de haber sucedido en el mando de la nación al finado Obregón. Era aquello un verdadero caos. Como sucede en toda renovación de mando, máxime aquella que tuvo por motivo el asesinato del presidente electo del país, muchos funcionarios, sobre todo policiacos, causaron baja.

Nadie creía en la patraña del crimen pasional. Si se toma la prensa de aquellos días, la impresión que se obtiene es que las autoridades policiacas o no sabrían qué hacer, o se hacían; más bien lo segundo. Pues ocurrió que en ese mare mágnam, dos policías recientemente incorporados —contra su voluntad— a las filas del desempleo, al percatarse de que problema tan simple no encontraba solución —lo que en su opinión evidenciaba que las más altas autoridades policiacas o eran incapaces o estaban coludidas con los autores del crimen— y sabedores de lo que significa resolverle un problema —y además internacional— nada menos que al jefe de la nación, decidieron realizar una investigación por su cuenta y riesgo.

Antes del 26 de enero, los policías tenían prácticamente resuelto el caso. El siguiente paso era hacerle llegar al presidente los resultados de sus pesquisas, de manera francamente insinuada más no total y definitiva, pues de lo que se trataba era de que les dieran el caso y con la solución del mismo todo lo demás: rehabilitación, recompensa, ascenso. . . Faltaba sólo

la clásica “palanca”; se necesitaba alguien de peso, con ambición y urgido de promoción igual que ellos, y que tuviera además autoridad ante el señor presidente.

La persona elegida resultó ser el licenciado José Gracia Medrano, que reunía prácticamente todo lo necesario. Además de ser licenciado y de estar de manera interina al frente del Nacional Monte de Piedad, era paisano y amigo personal del presidente.

El licenciado Gracia Medrano se convenció de que los policías (también eran paisanos) habían arribado a conclusiones definitivamente justas y que tenían resuelto el asunto que tanto revuelo había causado en la prensa y que tenía de cabeza a la policía capitalina. Sin sospechar que su gestión no le haría mucha gracia a su paisano y amigo el presidente y después de un frustrado intento de plantear de viva voz el problema, Gracia Medrano escribió a Portes Gil lo siguiente:

“Creando sinceramente que interesa mucho a su gobierno aclarar cuanto más fuere posible el asesinato cometido en la persona de Mella, incluyo a usted, por no haberle sido posible recibirme para tratar este asunto, un memorándum particular que los amigos que lo suscriben tuvieron la bondad de hacer a mi petición. El mismo hará comprender a usted que es muy probable que estos señores, buenos

sabuesos en la investigación del crimen, hayan dado con el verdadero camino a recorrerse para su esclarecimiento.”

Más adelante, Gracia Medrano, de manera llana se abre de capa y expone lo que impulsó a los policías a realizar la investigación:

“Es cierto, porque es humano, que ellos [los policías] desean, naturalmente, congraciarse con usted demostrando horadez, aptitud y lealtad, de lo que seguramente piensan derivar una mejor situación de futuro; y yo tengo la seguridad de que justificados como pueden hacerlo, usted les favorecerá cuanto más pueda.”

Veamos ahora uno de los documentos claves de esta historia: el que los policías Felipe Valdés y J. Cuéllar elaboraron a petición de Gracia Medrano, fechado 26 de enero de 1929. Pero antes, dos palabras sobre estos personajes que como se verá no eran ningunos principiantes.

Valdés había ocupado siempre altos cargos en las diversas policías metropolitanas y su último puesto, antes de caer en desgracia, había sido el de subjefe de la Policía Judicial del Distrito Federal.

Cuéllar, de curriculum más modesto, era sin embargo un famoso policía

de la llamada “secreta”, y en sus generales refiere a su paisano y presidente algunos crímenes de gran resonancia que pese a su elevado grado de dificultad supo él, para bien de la atribulada población capitalina, resolver favorablemente.

De entrada, el documento es atractivo, interesante, Valdés y Cuéllar aseguran al presidente Emilio Portes Gil

“[. . .] categóricamente [. . .] estar en posesión de los verdaderos datos que nos llevan al completo esclarecimiento del caso [. . .]”

Acto seguido, Valdés y Cuéllar arremeten contra las autoridades policiacas que para entonces sólo habían aprehendido y acusado de homicidio a Magriñat, uno de los agentes provocadores al servicio de Machado para espionar al exilio y que radicaba en México. Valdés y Cuéllar sabían que Magriñat tenía mucho que ver en el crimen de Mella, pero —tenían razón— no era “autor material” del crimen. Ellos sí sabían quiénes eran y dónde estaban, por eso planteaban en su memorandum una serie de preguntas claves desde el punto de vista policiaco y que por supuesto ellos ya habían resuelto:

“Los autores materiales dónde están? ¿Quiénes son? ¿Cuántas personas intervinieron? ¿Dónde vivie-

ron o viven? ¿Qué documentos reveladores y acusadores han escogido? y no se alegue que indudablemente fueron destruidos, pues hay unos que por su contenido no pueden serlo. ¿Que puede más el oro —dice, no afirmamos, derrama a manos llenas la embajada cubana— que el patriotismo? Salta lógicamente esta respuesta: o son ineptos, o son bribones [. . .]”

Para poder actuar y resolver el caso, los investigadores policiacos plantean que a uno de ellos, a Valdés, se le nombra jefe interino de la Policía Judicial del D.F., pues si no, se preguntan:

“¿De qué manera podríamos aprehender, catear, etc., sin interpósita persona que indudablemente nos obstaculizará nuestra labor? ¿Dónde guardar a los detenidos mientras se investiga y termina el asunto, sin que la policía o espías de la embajada no se enteraran? Y no se alegue que en esta caso no constituyen nuestros principales enemigos.”

Al leer y releer este documento, la verdad, no he sabido de qué admirarme más, si del evidente candor y desparpado político de estos “dos buenos sabuesos de la investigación criminal” o de su patriotismo confeso y que yo en lo personal no discuto ni pongo en duda. Lo que es más, creo que estuvo presente, aunque muy por debajo de

su gran y natural deseo de dar el “golpe de suerte”.

Lo cierto es que, superficial o profundo, el momento patriótico en la fundamentación estuvo presente y para nosotros es de cardinal importancia, pues resulta que apunta no hacia Moscú y a Stalin y Contreras como han dicho los Paz y difundido los Zabudovsky de acuerdo con la intriga de Gorkin, sino al dictador Machado al caer sobre su legación en México el resultado de las pesquisas preliminares de estos dos, en efecto, expertos de la investigación del crimen.

“[. . .] hay que tomar en cuenta —apremiaron Valdés y Cuéllar— el tiempo que ha transcurrido, la obstaculización de las policías y embajada cubana, que unos y otros de consuno han trabajado por la impunidad de este crimen vergonzoso para México [. . .]”

Así pues, sí existió una “investigación policiaca imparcial”. Gorkin decía además que ésta se había ocultado; pues sí, sí se ocultó, mas no fue en los archivos de la IC o del Kremlin, sino en los del presidente Emilio Portes Gil.

Tardó dos semanas en ser formulada la respuesta a este importantísimo documento que servía en bandeja de plata a Portes Gil la solución policiaca del caso; pero, como hemos anotado, había ya una solución política, un evidente compromiso del Ejecutivo de silenciar y no resolver este caso.

Veamos ahora cómo fue el carpe-tazo.

Adolfo Roldán, secretario particular de la Presidencia respondió a Gracia Medrano:

“El señor Presidente de la República quedó debidamente enterado de la atenta carta de usted [. . .] y me encarga manifestarle que lamenta sinceramente no haber podido aprovechar los servicios del señor Francisco Valdés [. . .]”

Lo irónico de todo este asunto es que lo que no pudo ser solución policiaca en su momento se nos presenta hoy, después de 55 años, como una prueba documental más, que arroja luz sobre un caso histórico de una enorme significación y actualidad política e ideológica.

Para mí, sin embargo, pruebas aún más contundentes y definitorias lo constituyen las declaraciones del propio Julio Antonio Mella antes de morir.

El legajo documental en el que me he venido apoyando en esta charla contiene también un memorandum que reúne los datos más relevantes del acta de policía que levantó el comisario de la Sexta Demarcación de Policía, las comparecencias ante el juzgado y las instrucciones del Ministerio Público.

En el acta de policía se asienta que Julio Antonio fue herido a las veintiuna horas quince minutos. Su muerte, co-

mo sabemos, no se produjo instantáneamente como hubiera querido Machado, sino después de una larga agonía, hasta las dos de la mañana quince minutos del día 11. Pues bien, en el acta en cuestión se asienta que:

“[. . .] el herido podía hablar perfectamente” y que declaró:

“[. . .] que tenía la seguridad de que sus agresores fueron dos individuos enviados por el gobierno de Cuba para asesinarlo; que hace dos años se desterró de Cuba porque lo pretendían asesinar; que momentos antes de ser herido supo por José Magriñat la llegada de estos individuos”.

Los testigos presenciales, al prestar declaración coincidieron en señalar que el herido hablaba perfectamente. Por ejemplo, uno de ellos, el técnico Miguel Barrales, declaró ante el juzgado:

“[. . .] que el herido gritaba que lo habían asesinado por cuestión política; que el presidente de Cuba por conducto de la embajada lo había mandado matar [. . .]”

Están, además, las declaraciones de la agobiada y virtualmente martirizada Tina Moddoti, las de otros testigos presenciales y las que rindieron ante el Ministerio Público: Rogelio Tourbe Tolón, Samuel Moreno, José M. Gutiérrez, Alejandro Barreiro, San-

dalio Junco, Froylán C. Manjarrez y Diego Rivera.

La trascendencia de estas últimas declaraciones y los testimonios de Julio Antonio Mella y Tina Moddoti radica en que esclarecen el verdadero fondo político del crimen, aportan pruebas definitivas de condena al dictador Gerardo Machado, coinciden en denunciar la presencia y acción impune en México de esbirros de Machado, muestran el papel relevante que desempeñaba Mella en el movimiento patriótico y liberador cubano, y revelan el odio y pavor que sentía el dictador hacia el joven revolucionario.

Machado, que había jurado matar a Julio Antonio Mella, creyó que su acción criminal llevada a cabo en las sombras quedaría impune ante el juicio de la historia. El propio Mella, en su agonía, se encargó de marcarlo para siempre.

Cuando Mella cae mortalmente herido, en fracción de segundos toma conciencia de que la vida se le escapa y le asalta una sola preocupación: denunciar al culpable. En medio de los estertores de la muerte, Julio Antonio llama a la gente, les habla, les grita, siente las siluetas de sus vecinos mexicanos acudir a su llamado y les repite y repite las palabras que aclararán el caso: MACHADO. . . EMBAJADA. . . MAGRIÑAT SABE. . . Le toman declaración y Julio Antonio alcanza a denunciar formalmente. Puede ya morir en paz, le han escuchado. Un último esfuerzo y Mella haría en cuatro

palabras la síntesis perfecta de lo que fue su vida:

“ ¡Muero por la Revolución!”

LA FIGURA DE MELLA SE AGRANDA CON EL TIEMPO

A pesar de que nadie se acordó de él en Bellas Artes en el Centenario de la muerte de Carlos Marx, podríamos decir que es la figura de Mella una de las que a partir de entonces regresa con mayor fuerza a nosotros.

Ello explica la reacción visceral y el ataque artero a su memoria por parte de cierta gente —léase Octavio Paz— que combina la poesía y las letras perfumadas con el anticomunismo.

El año pasado, dos excelentes trabajos abundaron en datos nuevos que ampliaron nuestro conocimiento de Mella: el ya mencionado de Elena Poniatowska y el de Adys Cupul, periodista cubana, *Mella en los mexicanos*. Sumemos a éstos la divulgación —aunque modesta aún, sí importante— de trabajos clásicos sobre Mella de especialistas cubanos como Erasmo Dimpierre, Ladislao González Carbajal, de jóvenes talentosos como Felipe Pérez Cruz y otros y, por supuesto, la obra del propio Julio Antonio Mella, reunida en el libro *Mella, documentos y artículos* que preparó el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba. Agreguemos a esto el notorio incremento del estudio e investigación de la

historia del antimperialismo en América Latina y el conocimiento cada vez mayor que en nuestro país se tiene de la historia del proceso revolucionario en Cuba, de los cuales Mella es figura señera.

Todos estos momentos se conjugan y suman en el marco de un proceso generalizado de toma de conciencia en las masas trabajadoras del "continente en llamas", en un contexto de intensa lucha política e ideológica en consonancia con esta época de tránsito histórico que avanza inexorable en medio de grandes y definitorios combates, contexto de profundización de la lucha de los pueblos por su liberación nacional, de recrudescimiento de las acciones intervencionistas del imperialismo, particularmente en nuestro continente, contexto de agresiones flagrantes como la que cercenó la esperanza en la pequeña Granada, la guerra sucia contra el pueblo sandinista, la injerencia e involucramiento yanqui en la guerra contra el pueblo salvadoreño, el apoyo cínico y la responsabilidad compartida en el genocidio sistemático sobre el hermano pueblo de Guatemala. Mundo prebélico plagado de acciones como éstas, que constituyen un reto no sólo para los patriotas de los países agredidos de manera militar directa, sino intimidación para cualquier latinoamericano bien nacido. Y estos bien nacidos, que son cada vez más, en la necesidad de documentar su coraje y ensanchar su capacidad de indignación acuden a las figuras más vi-

gorosas de la lucha antimperialista, lo que explica el resurgir, entre otras, de la figura extraordinaria de Julio Antonio Mella.

Mella es de los ejemplos que el imperialismo considera inoportunos por lo altamente inflamable de su mensaje, por su amor a la vida y odio militante hacia el imperio, por su vocación ineludible. Desde su combate en vida, sabedor de que el rayo de la traición podría fulminarlo en el lugar menos esperado, Julio Antonio preparó su sable para continuar con su ejemplo en el duro batallar de las generaciones futuras.

"TRIUNFAR O SERVIR DE TRINCHERA A LOS DEMAS fue su sentencia en *El grito de los mártires*. Hasta después de muertos somos útiles. Nada de nuestra obra se pierde. Son pasos, avances triunfales [. . .] la victoria llegará a nuestra clase por ineluctable mandato de la historia."

Hoy son muchos los mexicanos que descubren a Mella, que le buscan con empeño y lo estudian, porque, como dijera en alguna ocasión Lázaro Peña:

"Mella fue símbolo y ejemplo, estímulo y aliento para estudiantes y obreros, para intelectuales revolucionarios y trabajadores, en las horas más penosas y difíciles de su lucha siempre mantenida contra el imperialismo y la explotación, con-

tra la desvergüenza y la injusticia, contra la opresión y el atraso, contra la miseria y la incultura.”

Claro, también buscan a Mella los incansables petulantes, los sabelotodo. Es sabido que profesores de marxismo, de esos que pululan en nuestros centros universitarios, descargan con saña su bicolor todopoderoso para reprobar en marxismo a Julio Antonio Mella. Allá ellos si no son capaces de ver que la historia de su pueblo lo aprobó hace ya 25 años y que su figura se agranda con el avance impetuoso de la Revolución cubana.

Julio Antonio Mella, que en el momento de su muerte no cumplía aún los 26 años de edad, se había convertido en uno de los dirigentes más descollados de la lucha antimperialista en el continente y era, junto con el general Augusto César Sandino, una de las figuras más temidas y odiadas por el imperialismo yanqui.

Detrás de la muerte de Mella hay, en efecto, huellas; pero no son las que afirman los profesionales de la intriga y el anticomunismo, son las que dejaron los asesinos de Sandino, las mismas que dejaron los que asesinaron al Che Guevara en Bolivia y a Salvador

Allende, en La Moneda, a Fonseca Amador en Nicaragua, a Caamaño en Dominicana. . .

Compañeros y amigos:

Estas son las notas que preparé para esta velada. Mi admiración de siempre hacia Julio Antonio Mella no me ha cegado y por lo tanto no he mitificado su figura, el cariño y verdadera veneración que hacia Mella profesa su pueblo me conmueve y veo en esta actitud una enseñanza más de la Revolución cubana en lo que hace de manera concreta al trato de las generaciones presentes hacia los héroes del movimiento revolucionario que les precedió.

Los mexicanos, siempre lo he dicho y hoy lo reitero, tenemos una deuda con el héroe cubano. Es, en un sentido directo, también nuestro héroe, pues gran parte de su obra internacionalista quedó sembrada en el seno del movimiento revolucionario mexicano (sobre estos temas será importante hablar en lo futuro).

Urge saldar las deudas, la actual generación no debe pisotear con el olvido su pasado, sino que debe amarlo y estudiarlo, pues necesita identificar sus propias raíces.